

## CAPITULO X.

Un baile leperocrático.

Estamos en una casa de vecindad del barrio de la Palma, uno de los mas afamados en México por lo valiente y pendenciera que es la gente baja que en él vive.

Al ver á aquellos hombres envueltos en sus frazadas, caido el sombrero *jarano* (1), ó de petate, de inmensas alas, sobre la oreja derecha y generalmente hácia atras, de rostros cetrinos, con el cigarro en la boca y el *jierro*, como ellos dicen, metido en el ceñidor que sostiene su ancho calzon blanco, los transeuntes aligeran el paso al to-

(1) Sombrero semejante al que usan los picadores en España, aunque de ala menos ancha.

que de oraciones, temiendo que tengan la cortesía de aligerarles de lo que llevan.

Pero es preciso hacer justicia al pueblo bajo de México.

El es valiente y pendenciero; expone su vida, ó la *rifa*, para servirme de sus palabras, por una expresion ofensiva, por la menor prueba de desprecio que reciba de otro igual; pero no mata, no insulta, no se mezcla con la gente pacífica y decente que transita por lo mas solitario y retirado de la ciudad, aunque sea la hora mas avanzada de la noche.

Los que lo contrario dicen; los que le pintan en Europa acechando en cada esquina al confiado ciudadano que pasa, para despojarle del dinero y de la vida, no conocen el país, ó han tratado de denigrarle.

Yo he recorrido á las once y doce de la noche, por espacio de muchos años, los barrios señalados como los mas peligrosos, sin llevar arma ninguna, y jamás he tenido que arrepentirme de mi confianza.

He asistido á las diversiones populares, á sus fiestas públicas, á sus paseos favoritos

para estudiar sus costumbres; me he mezclado, por decirlo así, entre ellos, para escuchar sus palabras, juzgar de su talento natural, y conocer sus tendencias; he observado de cerca cuanto les atañe, y nunca he tenido contratiempo ninguno.

Esto prueba la índole excelente del pueblo mexicano, tolerante hasta el extremo, valiente como el primero, y dócil sin igual.

En prueba de la verdad de lo que llevo dicho, quiero consignar aquí un hecho muy curioso, y el lector me perdonará la digresión, que bastaría él solo á desmentir todo lo que se ha escrito en el extranjero contra el carácter mexicano.

Al volver de España en 1860, descansé con otros compañeros de viaje en la Soledad, á la sazón en que las tropas del general Miramón pernoctaban en el mismo sitio con dirección á Veracruz, cuya plaza iban á sitiar.

Varios habitantes de la población, al saber que al siguiente día continuábamos nuestra marcha para México, nos aconsejaron que no lo hiciésemos, que esperásemos la vuelta de las tropas, porque de lo con-

trario moriríamos á manos de una partida que estaba en un monte cercano en acecho de todo pasajero.

Esto nos alarmó sobremanera; pero, sin embargo, era preciso, y continuamos nuestro viaje resueltos á sufrir lo que Dios dispusiera.

Con efecto, no bien empezamos á subir una altura, cuando descubrimos un hombre á caballo.

—Ahí están.

Dijo el cochero, y continuó subiendo, porque retroceder era imposible.

Al llegar á la altura nada vimos, el hombre habia desaparecido; pero cuando mas descuidados íbamos, aparecieron por ambos lados del camino, y ocultos entre los árboles, como veinte hombres, á pié unos y á caballo otros.

—¡Alto ahí....!—dijeron apuntándonos;—y abajo todo el mundo.

La obediencia era indispensable, y todos saltamos del carruaje.

—A ver qué llevan vdes. en esos baules. Todos los que íbamos allí, exceptuando

un frances, que nos sirvió de mucho, y un mexicano que venia de España, éramos españoles. que volviamos despues de dar un paseo por Europa, y que conociamos la índole de los hijos del país: dos comerciantes de Oaxaca, uno de México, otro de S. Luis y el que esto escribe.

Esto nos sirvió de mucho, porque la confianza que infundia el conocimiento del carácter de las personas, nos dió valor para que entráramos en conversacion con ellos.

Uno de nostros sacó una porcion de cajetillas de cigarros de la Habana, y le fué dando una á cada uno, mientras bajaban los baules.

Otro, sacando algun dinero, repartió una peseta á cada individuo de á pié, diciéndoles que era un obsequio para que echaran un trago, y por último, otros dos regalaron dos zarapes á los que parecian hacer cabeza.

Entretanto mi baul lo habian puesto en el suelo, y me fué preciso abrir.

Al alzar la tapa, lo primero que se presentó á la vista del que hacia de jefe, fue-

rón unas estampas de las últimas acciones de los españoles contra los marroquies.

—¿Qué es eso?

Me preguntó.

Yo le expliqué entonces algunos episodios de la guerra de Africa, y me hice tan amigo de él en mi corta conversacion, que concluí diciendo:

—¿Puedo cerrar mi baul? Nada traigo en él.

—Sí; ciérrelo vd., y que no se registre ninguno.

Este rasgo de generosidad nos volvió el alma al cuerpo.

Mi baul tenia adentro porcion de alhajas de valor que algunas mexicanas, radicadas en España, enviaban á sus familias. Los de mis compañeros venian igualmente bien provistos.

La conversacion entonces se hizo familiar; los baules volvieron á colocarse en el carruaje, y aquellos hombres, á los cuales nos habian pintado con los mas negros colores, no solo no nos quitaron nada, ni nos

maltrataron, sino que nos acompañaron tres leguas para custodiarnos.

Allí hicimos lumbre; calentamos la comida que llevábamos dispuesta de la Soledad, huevos pasados por agua, gallinas y pollos asados, chorizos, queso, vino y pan; almorzamos amigablemente con ellos, nos despedimos estrechándonos la mano, nos dieron un papel para que nadie se metiese con nosotros en caso de que nos saliese otra partida, y nos separamos agradecidos y admirados del comportamiento de unos hombres que, careciendo de todo, viviendo en las montañas y expuestos á perder la vida á cada instante, en un país desgarrado por la revolucion, hubieran respetado todo lo que nos pertenecía, tornándose de repente, por unas cuantas palabras deferentes que con ellos cruzamos, de señores, á quienes obedecemos, en leales amigos que nos respetaron.

¿Y hay otro pueblo alguno sobre la tierra que obre de esta manera en circunstancias iguales?... Ninguno.

Pero volvamos á nuestra historia.

Hemos dicho que estamos en una casa de vecindad del barrio de la Palma. Varios cuartos colocados á izquierda y derecha, y extendiéndose á lo largo, formando una especie de callejon, forman el edificio.

Un farol, sostenido por un cordel, cuelga del techo y alumbra la entrada del zaguan, iluminando su luz las mal formadas letras blancas de un rótulo escrito con mala ortografía que se ve encima de la primera vivienda, y que dice "Cacera," por casera.

Entre el segundo y tercer cuarto se descubre una escalera que conduce á la única habitacion alta que cuenta el edificio, en cuyos balcones se ven las cédulas que indican que se alquila.

Eran como las ocho y media de la noche. El cielo estaba negro, y los relámpagos se sucedian con una rapidez prodigiosa.

El barrio de la Palma presentaba el aspecto mas imponente y lúgubre.

Las casuchas bajas de adobe, por entre cuyas desvencijadas y rajadas puertas, se dejaba entrever el débil resplendor de una flaca y agonizante vela, pegada en la pared,

aumentaban la lobreguez y el aspecto sombrío de aquel sitio por donde de vez en cuando se veía cruzar algun hombre de fiero ceño, embozado en su sábana ó frazada, que entraba en su especie de barraca para descansar, vestido, sobre un petate colocado en el húmedo suelo, donde pasaba la noche roncando tranquilamente.

De distancia en distancia veíanse abiertas las puertas de algun desprovisto tendejon de carcomido mostrador, alumbrado por un farolito de papel. En él se veían tres ó cuatro velas colgadas, algunas tortas de pan y un frasco de aguardiente con algunos vasitos á su lado, y al tendero sentado en una silla rota, dormitando y embozado en su *zarape*.

Al oír la última campanada de las nueve, todas las puertas se cerraron casi á un mismo tiempo, y el barrio quedó en completa oscuridad.

—¡A dónde me dirigiré, Dios mio....?—  
Exclamó una mujer envuelta en un vestido pobre y remendado que cruzaba en aquel momento:—¡Será posible que me vea pre-

cisada á pasar la noche en medio de la calle, y sin tener donde guarecerme de la tempestad que amenaza....? ¡A nadie conozeo...! ¡Estoy cansada del camino, y ando á la ventura sin saber en dónde me encuentre....! ¡Dios mio, Dios mio....! ¡ten piedad de esta desgraciada....!

Y la mujer marchaba rezando interiormente.

Los alegres acordes de algunos instrumentos fueron en aquel instante á herir su oído.

—¡Música....!—Exclamó con tristeza la pobre mujer, dirijiendo la vista hácia donde aquella salía.—¡He aquí los contrastes de la vida....! ¡he aquí las ironías de la sociedad....! ¡la comedia del mundo!.... ¡Allí ríen y gozan....! ¡aquí lloran y sufren....! ¡Marchemos hácia donde son felices....! ¡tal vez me concederán un rincón donde pasar la noche....!

Y la mujer se encaminó poco á poco á la casa de vecindad que llevamos descrita.

La casera iba ya á cerrar la puerta del

zaguan, cuando se presentó la pobre al umbral, diciendo:

—¿Tiene vd. la bondad de darme un lugar cualquiera para pasar la noche?

La casera le miró, y le pareció descubrir en las facciones de aquella mujer algo que revelaba buen nacimiento y educacion.

—Pero.....

—¡Soy una desgraciada muger que ha sufrido mucho en la vida!

—Lo comprendo así.

—Que no tengo conocimientos en la ciudad, á la cual acabo de llegar en este momento.

—¡Pobre muger!

—Era muy pobre, sí; pero ahora lo soy aun mas, porque en el camino me han despojado de lo poco que traia.

—¿Le han robado á vd?

—Sí, señora.

—Entre vd., entre vd.: eso es suficiente para que la reciba á vd.

Dijo la casera haciéndose á un lado para que pasara la que demandaba hospitalidad.

—Dios le pagará á vd. este rasgo de caridad.

Exclamó con profundo reconocimiento la infeliz mujer al verse bajo techo.

—No hago mas que cumplir con una de las obras que él ordena: “dar posada al peregrino.”

Dijo la casera mientras cerraba la puerta.

—Sin embargo, para cumplir con ella se necesita tener un buen corazon, como el que vd. tiene.

—Gracias á Dios—dijo la casera acabando de cerrar la puerta—no creo que lo tengo indiferente á las desgracias del prójimo.

Y luego, dirigiéndose hácia su cuarto y deteniéndose fuera, añadió:

—Tenga'vd. la bondad de entrar, señora, á la pobre habitacion que le puedo ofrecer con la mejor voluntad.

La favorecida mujer penetró en el cuarto, y se quedó de pié en medio de él, mientras la casera entraba y entornaba la puerta.

La habitacion de la casera se componia, como generalmente se componen todas las de los caseros de casas de vecindad, de una sola pieza. Las paredes estaban descasca-

radas por la humedad, y en ellas se veían, en pequeños cuadros, algunas estampas ordinarias de los santos á quienes mas devoción hay en México.

En un rincón de la pieza se veía una pequeña hornilla de barro en que se cocían los *frijoles* (1); junto á ella unas tenazas y un aventador; en el rincón opuesto una cama limpia, aunque indicando pobreza: entre la cama y la hornilla, una mesita de pino blanco, encima de la cual habia un espejito roto en unas partes, y sin azogue en otras; una almohadilla de hechura antigua y sin bisagras, un candelero de barro en que ardía una flaca y agonizante vela de *á claeo* y un libro de misa, cuya pasta, por el sudor y el uso, presentaba un color indifinible.

El pavimento de la pieza era de vigas ya carcomidas por el tiempo, y que se movían al pisar sobre ellas, como las teclas amarillentas de un mal órgano.

—Siéntese Vd., mi alma, dijo la casera á su huésped después de entornar la puer-

(1) Judías.

ta, y ofreciéndole de dos sillas descompuestas, únicas que componían el ajuar, la menos peligrosa.

—Gracias.

Contestó con voz dulce la mujer, aceptando el asiento, y bajando el rebozo con que hasta entonces habia tenido cubierto el rostro.

La casera fijó entonces sus escurridores ojos en la huésped, y pudo advertir, á la opaca luz de la flaca vela, que su fisonomía era dulce y simpática, franca y tierna la mirada de sus bellísimos ojos azules, abundante y fino su cabello castaño, que llevaba recogido en dos hermosas trenzas; pequeñas y torneadas sus manos; gracioso y de gallardas formas su esbelto cuerpo, y su edad, si no revelaba la primavera de la juventud, era sí todavía esa en que la mujer recoge los obsequios mas tiernos.

La casera, al ver tanta belleza bajo los viejos harapos que envolvían á su huésped, examinó sus movimientos, y se convenció de que aquella mujer habia pertenecido á la buena sociedad.

Creyendo que grandes desgracias, sin duda, la habrían afligido para reducirla al triste estado de pobreza en que la veía, sintió un vivo interés, mezclado de respeto, hácia ella, y tomando asiento á su lado, y tratando de pasar á sus ojos por persona acostumbrada también á la buena sociedad, le dijo:

—¡Ay! no puede vd. figurarse la vergüenza que me da vivir en esta pieza. Como estoy educada en una esfera mas alta, cuanto aquí me rodea me hace echar de menos mi pasada posición social.

—Es decir ¿que ha sido vd. desgraciada?

—Ya vd. debe figurarse si lo habré sido, para haber venido á parar del estado mas alto de la sociedad al de triste portera de casa de vecindad.

—Efectivamente.

—Figúrese vd., por lo mismo, si me compadeceré de los robados, cuando la causa de que me vea vd. reducida á la necesidad de servir de casera de vecindad, es el que me hayan también robado hace pocos días.

—¿Será posible...?

—Y tan posible, si señora; porque yo, aunque me esté mal decirlo, me crié en magníficos pañales y con mucho regalo.

—Lo creo, porque conozco demasiado lo instable que es la rueda de la fortuna, y las continuas evoluciones de ella.

—¡Ay!—dijo la casera exhalando un prolongado suspiro:—nadie tiene pruebas mas amargas de esa verdad como yo. Figúrese vd. que soy nada menos que viuda de un general de brigada.... ¡Ya ve vd., toda una señora!....

Y la casera exhaló otro suspiro mas prolongado que el primero.

—Con efecto.... su conversacion de vd....

—¿Es verdad que se conoce á la legua? Sino que como el gobierno no nos pagaba, me ví precisada á meterme á *mercadela*, porque ya vd. ve, mi alma, que no es deshonra el trabajar.

—Todo lo contrario: el capital producido por el trabajo es el que mas satisface á una conciencia limpia.

—Eso es lo que yo he dicho siempre. Pero una tarde me detuve á hablar en la

calle con una amiga mia llamada Doña Cruz: nos cogió el agua y esperamos á que pasara. Cuando esto sucedió, todo estaba ya anegado, y como tenia precision de llegar á mi casa, hice que me cargase un cargador; pero al maldito se le antojó caerse conmigo en medio del agua. Con el susto, yo no atendí mas que á salir; pero al subir á mi habitacion para mudarme el vestido mojado, advertí que me faltaba el dinero en oro de unas alhajas que habia vendido, y otros objetos de valor que los llevaba envueltos en un pañuelo. Inmediatamente sospeché que el cargador me habia robado, y corrí al balcon de unos vecinos para señalar al ladron y gritar que lo cogieran; pero ya para entonces habia huido. Conservando, sin embargo, una esperanza de que se hubiese caido el pañuelo en el agua, estuve esperando á que se desanegase la calle, y cuando todo estuvo seco, solo encontró entre el lodo mis zapatos, pero no el pañuelo que contenia mi caudal.

—¡Qué desgracia!

—Y lo peor, mi alma, era que la mayor

parte de las alhajas me las habian fiado; porque ya ve vd., como soy una señora, todos hacian confianza de mí: de manera que no solo perdí lo mio, sino lo ageno, que es lo que mas me atormentaba; pues como soy una señora, no queria que tal vez sospechasen....

—Calculo lo que vd. sufriria.

—Y todo, sabe vd. ¿por qué? por hacer una buena obra.

—Lo creo.

—Figúrese vd. que se trataba de hacer ver la inocencia del padre de un jóven honrado, á quien se le negaba la mano de una hermosa, y como para conseguirlo era preciso mostrar un cuaderno en que se patentizaba su honradez, me suplicaron lo presentase, puesto que yo habia indicado dónde se hallaba.

—¡Y lo consiguió vd?

—Lo que es del cuaderno logré apoderarme; pero como me fué imposible salir en aquel momento por hallarse anegadas las calles, y al siguiente dia caí en cama con calentura, á consecuencia de la mojada, el

cuaderno se quedó sin que lo pudiese presentar á la persona interesada.

—Pero lo habrá vd. hecho despues, y la recompensa por el buen servicio, habrá reparado la pérdida que tuvo vd. de su dinero y alhajas.

—¡Ay!—dijo arrojando un suspiro la ca sera, en quien el lector habrá reconocido desde las primeras palabras á Doña Anita;—así lo esperaba yo tambien; pero estaba de Dios que me viera reducida, yo, toda una señora, al estado miserable en que vd. me encuentra.

—Pero ¿por qué causa?

—Figúrese vd., mi alma, que en el mismo dia en que yo me alivié y me preparaba á presentar el cuaderno, hubo una desgracia en un jardin, que me ha retraido de mi intento, temiendo que me compliquen en el negocio; porque ya vd. ve lo que es la justicia; y no seria justo que siendo yo toda una señora . . .

—Obró vd. cuerdamente.

Contestó la pobre mujer, deseando que terminase aquella conversacion, que para

ella ningun interes encerraba, y mucho menos cuando su cuerpo le pedia el descanso de sus fatigas.

Doña Anita tambien, ya fuese porque tenia costumbre de cenar temprano, ya por que considerase que debia estar fatigada su huéspedea, se levantó de su silla, se acercó á la mesa, puso un mantel limpio, aunque ordinario, sacó del cajon de ella dos platos rajados en el borde, se aproximó luego á la hornilla, preparó la pobre y escasa cena, hizo que participase de ella la desconocida mujer, y sacando despues un colehon viejo que tenia envuelto en un petate á un lado de la cama, y tendiéndolo en uno de los ángulos del miserable cuarto, le dijo:

—Vd. estará cansada, mi alma, y justo es que se acueste ya: aquí tiene vd. este colehon que llevaba mi difunto en campaña: acuéstese vd. en él, y mañana le contaré á vd. una porcion de cosas muy curiosas.

La mujer le dió las gracias por los favores que le dispensaba, y se acostó en el rincón donde la nueva casera habia tendido el colehon.

Pero entretanto que la una descansa y Doña Anita medita en las consecuencias de un momento de murmuración, que tan caro le habia costado, entremos en la pieza contigua en que suenan los acordes de varios instrumentos, y en donde se escuchan los gritos de alegría de una numerosa concurrencia.

Es un cuarto espacioso y bien envigado, con un tapanco, al cual se sube por una escalera muy estrecha de madera que está en un rincón.

En un extremo de la pieza, y sobre una mesa de pino sin pintar, se ven un enorme jarro de pulque, vasos, y varias cosas de comer, y debajo, un cuero, lleno del mismo licor, que sirve de reserva.

En la misma mesa, en otras dos rinconeritas y en el tapanco, arden algunas velas de sebo, colocadas en candeleros de barro.

Al lado de la puerta de entrada, se ven tres músicos mal sentados sobre dos sillas quebradas, tocando uno el bandolon, otro el arpa, y el último el bajo, y guardando constantemente el equilibrio para no caer.

Al primero le falta el ojo derecho, y le sobra un chirlo que le cruza de un lado al otro la cara: el segundo es tuerto del izquierdo, pero en cambio en el derecho tiene una nube; y el tercero, ni es tuerto ni tiene nube, gracias, sin duda, á que los dos están sin vista.

Allí todo es placer y alegría.

Los vecinos de todos los cuartos han acudido á la zambra, y el jarro de pulque anda de mano en mano, calentando los estómagos, y dando libertad al pecho, y torpeza á la lengua y á las piernas.

Unos de pié, algunos sentados en malas sillas, y los mas en el suelo, echado el sombrero de anchas alas hácia atrás y embozados en sus frazadas, tienen fija la vista en dos parejas que bailan en medio de la pieza un precioso jarabe que entusiasma á la concurrencia.

Entre tanta gente del país se ve tomar parte en el regocijo general á tres extranjeros que, como todos, no apartan los ojos de las lindas hijas de Eva, que revelan suma destreza en el arte de Tersícore.

La dos jóvenes que están llamando la atención en aquel instante, por su gracia y sus naturales movimientos en el baile popular que les anima, son de simpática fisonomía.

Una de ellas va vestida con ricas enaguas anchas y cortas de seda, bordadas de lentejuela, debajo de las cuales se asoman las caladas puntas de otras blancas, limpias y perfectamente planchadas: un precioso zapato blanco de raso, oprime su breve pié, de pronunciado empeine, que lo lleva sin media, como todas las mujeres del bajo pueblo, y que á no dudar, cuadra perfectamente con el airoso traje que ostentan: dos gruesas y largas trenzas negras como el ébano, enlazadas en sus puntas por una cinta de raso azul, caídas hácia atrás, contrastan con un fino ceñidor de seda encarnado que oprime su estrecha y flexible cintura: sobre sus delicados hombros luce un rebozo nácar con labores negras, terciado con suma gracia, para permitir, sin duda, admirar una finísima camisa bordada, que cubre á medias su elevado y provocativo seno:

sus brazos desnudos y torneados lucen doblemente sus bellísimas formas por la actitud que guardan al descansar las manos sobre la estrecha cintura.

La fisonomía de esta mujer es apacible y hechicera: sus ojos grandes y negros como el azabache, velados por largas y arqueadas pestañas, comunican una sombra dulce á sus párpados, que interesa y conmueve: sus lábios, proporcionadamente gruesos, pero encarnados como la fresca rosa, dan á su pequeña boca una voluptuosidad cautivadora: su color, suavemente moreno, adquiere nuevos hechizos por el desleído carmin que albora sus mejillas: y sus negras y finas cejas hacen resaltar la tersura de su espaciosa y serena frente, donde se revela, lo mismo que en la dulce mirada de sus lindos ojos, la clara inteligencia, y el fuego de un corazón dispuesto al amor.

La que baila á su lado, aunque vestida con menos lujo, no por eso le cede en gracia y soltura: su cuerpo es alto, esbelto, y notable por las proporciones de sus bellas formas.